

# NOTAS SOBRE LA CAMPAÑA DE PORTUGAL EN 1762. LOS DESERTORES

Miguel Ángel Melón Jiménez  
Universidad de Extremadura

La invasión de Portugal en 1762 por el ejército español constituye uno de los episodios más desconocidos de la historia compartida entre ambos países y al que sus respectivas historiografías apenas han dedicado unos pocos trabajos. A pesar de haber sido calificada la guerra de los Siete Años en que aquella se inserta como la primera a escala mundial<sup>1</sup>, la producción científica no ha respondido al interés que necesariamente debiera haber despertado este episodio y se cuentan con los dedos de las manos los trabajos que en España se han publicado sobre el particular. Solamente un reducido grupo de investigadores lo ha abordado parcialmente, pero no en la totalidad de lo que significó la tardía incorporación de España y Portugal a la contienda. Agustín González Enciso forma parte de este grupo y dedicó un sugerente trabajo<sup>2</sup> a fijar el coste de aquella aventura. En él marcó el camino a seguir para estudios futuros de esta naturaleza sobre una guerra que nada tuvo de “fantástica”, como gusta calificarla del otro lado de la frontera, y sí de conflicto real en el que, ausentes las grandes batallas del estilo de las que por esas fechas tenían lugar en otros escenarios europeos, el día a día no difirió en exceso de lo ya conocido para los enfrentamientos que protagonizaron ambas potencias en siglos anteriores.

En uno de los libros editados por el historiador vallisoletano afincado en Navarra, se incluye un sugerente trabajo de David González Cruz, a propósito de los protagonistas que dan título a esta colaboración. Concluye éste con la advertencia de que “la investigación sobre la deserción es un terreno casi virgen historiográficamente en el ámbito hispano que requiere de una profundización en sus diferentes perfiles políticos, militares, sociales, económicos y culturales”<sup>3</sup>. En su opinión, dicha conducta supone un contravalor que atenta contra uno de los pilares básicos de la milicia, el honor, y en tanto que producto de carencias estructurales, evidencia las fallas existentes en los sistemas de reclutamiento y financiación de los ejércitos, al tiempo que conlleva romper con el principio de lealtad que vincula a quien la practica con su soberano. El componente moral que subyace en esta decisión y al que alude el investigador onubense, que motivó su calificación como pecado mortal por algunos tratadistas eclesiásticos, no debe hacer olvidar, sin embargo, las condiciones de un mercado donde el mejor postor subvertía las reglas del juego con la compra de las voluntades de una tropa compuesta en parte por mercenarios. Un mejor conocimiento de esta actitud ayuda a entender las características que presenta la Campaña de Portugal, en el contexto del enfrentamiento que desangró a Europa entre 1756 y 1763. Su resolución precipitó las transformaciones políticas que se produjeron

---

<sup>1</sup> E. Friedell, *Kulturgeschichte der Neuzeit*, München, C.H. Beck, 1989, p. 654; cit. por Sven Externbrink, “La première guerre mondiale. Essai sur le caractère global de la guerre de Sept Ans”, *Actas del Coloquio internacional 1754-1763 : Une première guerre mondiale?* (P. Serna, H. Drevillon, M. Godfroy), París, 2013, fol. 19; asimismo, P. Y. Beaurepaire, *La France des Lumières, 1715-1789*, Belin, París, 2011, p. 251.

<sup>2</sup> Agustín González Enciso, “El coste de la guerra y su gestión: las cuentas del tesorero del ejército en la guerra con Portugal de 1762”, *Actas de la VIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, Madrid, 2005, pp. 551-564; “Spain’s Mobilisation of Resources for the War with Portugal in 1762”, *Mobilising Resources for War: Britain and Spain at Work During the Early Modern Period* (Edited by H.V. Bowen and A. González Enciso), Pamplona, EUNSA, 2006, pp. 159-189.

<sup>3</sup> David González Cruz, “La deserción en las fuerzas armadas españolas y extranjeras durante la Guerra de Sucesión: comportamientos y estrategias”, en A. González Enciso (edit.), *Un estado militar. España, 1650-1820*, Madrid, Editorial Actas, 2012, pp. 65-89.

en el mundo a partir de entonces y anunció los cambios de fondo que modificarían el arte de la guerra con la irrupción de las tropas napoleónicas; no en vano, algunos de sus generales y principales protagonistas se habían formado en las academias militares con las lecciones extraídas de la guerra de los Siete Años.

### 1. Desertores, ganchos e incitadores a la deserción

El 18 de mayo de 1762, por orden del mariscal del ejército portugués, José Félix da Cunha, comenzaron a inscribirse en un libro de registro<sup>4</sup> los nombres de los desertores del ejército español que se pasaron a las filas de aquel desde esa fecha hasta el 9 de agosto de 1763. Las anotaciones individualizadas que a partir de entonces realiza el escribano José Bernardo da Costa (la invasión había comenzado el día 4 de mayo) aportan una valiosa información sobre esta faceta no siempre bien conocida, pero que formaba parte del discurrir cotidiano de la guerra y venía propiciada por las más diversas causas. Cada uno de los asientos o matriculaciones recoge el nombre del desertor (a menudo no es el exacto, sino la transcripción de su fonética al portugués), la nacionalidad que manifiesta el interesado (solo dos constan como procedentes “de país incógnito”), sus rasgos físicos (forma de la cara, de la nariz, si tiene barba o no, posibles señales que sirvan para identificarlos), en ocasiones su parentesco y siempre la edad, lo que permite comprobar que se alternaban por igual en esta práctica tanto los veteranos como los jóvenes. Se hacía constar, asimismo, cuando esta circunstancia se producía, el dinero que se les entregaba por las monturas, los enseres y las armas que aportaban.

De aquellos que sabían firmar, en algunos casos puede fijarse su nombre real, contándose entre los alemanes y franceses el mayor número de los que teóricamente poseían unas mínimas nociones de escritura; el resto se limitaba a poner una cruz allí donde el escribiente anotaba su nombre. Sin embargo, de muy pocos se conoce el grado y la unidad de procedencia, siendo posible identificar únicamente a un tambor francés y a otro italiano, un cabo alemán del Regimiento de Suizos de Reding, dos pífanos alemanes y un sargento aragonés del Regimiento de Guardias Españolas. A diferencia de lo establecido por González Cruz para el conflicto sucesorio de principios del siglo XVIII, no es posible en este caso precisar si los portugueses mantuvieron a los desertores que acogieron la graduación que habían alcanzado en el ejército español<sup>5</sup>. Fuera del cómputo quedarían aquellos que no optaron por incorporarse a la milicia de una potencia extranjera y rival de España, quienes fueron víctimas de los campesinos en su huida, o bien cuantos pasaron a engrosar los estratos marginales propios de los espacios de frontera.

Las deserciones comenzaron prácticamente al mismo tiempo que se dio la orden de invadir Portugal y no se interrumpirían hasta después de firmada la Paz de Paris, en febrero de 1763. Se producen casi a diario, como un goteo continuo, durante los meses de junio y julio, como consecuencia de la reubicación consustancial a los conflictos internacionales en los que cada soldado busca su posición natural. Comprensible ésta en el caso de los desertores alemanes (32,45%) e ingleses (5,30%), por la alianza de sus gobiernos; e incluso en los suizos (11,59%), en los provenientes de otras nacionalidades de Centroeuropa, y por diversas razones en los 77 originarios de repúblicas y reinos de Italia, los cuales suponen el 12,74%; no así en los franceses (19,70%), parte de ellos enrolados en regimientos españoles y sin que pueda determinarse si alguno provenía del Cuerpo expedicionario mandado por el Príncipe de Beauvau que se incorporó al conflicto en virtud del Tercer Pacto de Familia suscrito en agosto de 1761<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> Arquivo Nacional da Torre do Tombo, *Matrículas de soldados desertores do Reino de Espanha*, PT/TT/CGR/A/8, Libro 208. Consta al principio de él la siguiente anotación: “Em dezoito de Mayo de 1762 se formou este libro por orden do Marechal de Campo Jose Felix da Cunha, que governa ate armas desta Provincia para nelle se matricularem os soldados dezertores do Reino de Espanha”. Agradezco a Camilo Fernández Cortizo, profesor de la Universidad de Santiago de Compostela, haberme facilitado la referencia y consulta de esta documentación con la generosidad que le caracteriza.

<sup>5</sup> David González Cruz, *Op. cit.*, p. 74.

<sup>6</sup> González Cruz, por su parte, destaca la tendencia de las fuerzas galas a la deserción, lo que supuso una “sangría permanente” para los ejércitos de Luis XIV durante la Guerra de Sucesión española, *op. cit.*, p. 83.

Cuadro 1. Desertiones del Ejército español (mayo 1762-agosto 1763)

Nacionalidad	Mayo	Jun.	Jul.	Ag.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.	En.	Feb.	Total	%
Alemán	4	59	90	6	22	3	2	4	5	1	196	32,45
Bávaro	1	1	1	1	1						2	0,33
Bohemio	1	1	1								3	0,50
Corso		1	1								1	0,17
Cremonés		1									1	0,17
Esloveno			1								1	0,17
Español	1	2	3	5	1	2	3	13	13		43	7,12
Fiamenco	2	2	3	2							9	1,49
Francés	11	38	29	13	21	1	1	5			119	19,70
Holandés		1	1								2	0,33
Húngaro	2	5	9	1	2				1		20	3,31
Inglés	3	1	24	4							32	5,30
Irlandés		1	1								1	0,17
Italiano	1	5	15	3	5	2	2	4	1		38	6,29
Módena								1			1	0,17
Milanés				1							1	0,17
Palatino		1			1						2	0,33
Parmesano	1										1	0,17
Piamontés	7	3	5	3	4		1	2			25	4,14
Polonés		1	1								1	0,17
Portugués		2	3	2		1		1	2		11	1,82
Prusiano		1	1		1						3	0,50
Romano		1						3			4	0,66
Saboyano	1		2	1							4	0,66
Sajón					1						1	0,17
Sardo	1							1			2	0,33
Suizo	1	29	27	1	7				5		70	11,59
Tirolés					1						1	0,17
Transilvano	1										1	0,17
Veneciano	1		1								2	0,33
Desconocida			5			1					6	0,99
Total.....	38	154	222	42	67	10	9	34	27	1	604	100,00
%	6,29	25,50	36,75	6,95	11,09	1,66	1,49	5,63	4,47	0,17		

Las gratificaciones por su actitud se fijaron expresamente, en tanto que elemento importante de atracción. A los primeros veintiún desertores, llegados entre el 18 y el 22 de mayo, se les pagaron 3.200 reis por su persona y 2.000 si llevaban armas, buscando obtener, presumiblemente, un efecto llamada. Una vez conseguido, y ante el desbordamiento que se preveía y confirmó de inmediato, a partir del 23 de mayo se redujo la recompensa a 1.600 reis por su persona y se mantuvieron los 2.000 reis por el arma. Solo se interrumpirá esta directriz en dos ocasiones, a finales de julio, momento en que se le abonaron a un inglés 3.200 reis y a dos franceses y a cuatro desconocidos solamente 800. A principios de agosto se pagarán a dos desertores ingleses 1.480 reis por cada una de las espingardas que entregaron, y el 11 de septiembre a dos húngaros las siguientes cantidades: al primero, 1.600 por su persona, 14.400 por el caballo, 3.000 por todo lo necesario, 1.200 por dos pistolas y 480 por su chafarote, que suman 20.680 reis; al segundo, 1.600 por su persona, 8.000 por el caballo, 3.000 por todo lo necesario, 1.480 por su chafarote y 1.200 por un par de pistolas, lo que ascendía a 14.280 reis. Las mujeres que desertaban, bien solas o en compañía de sus maridos, recibían la misma cantidad que los soldados, 1.600 reis, figurando en los listados una mujer y dos matrimonios de nacionalidad francesa, y dos mujeres y un matrimonio alemanes. El total del desembolso efectuado, como pago a desertores de todos estos meses que aparecen matriculados en el libro de registro, asciende a 1.049.520 reis.

Los 43 desertores españoles que se contabilizan y suponen el 7,12% del total aparecen registrados del siguiente modo: nueve con la denominación genérica de “español”, nueve castellanos, seis catalanes, cinco andaluces, cuatro extremeños, cuatro aragoneses, dos gallegos, un murciano, un valenciano, un manchego y un leonés. La evolución que presenta su comportamiento difiere sustancialmente de los restantes compañeros de peripecia. Su presencia es esporádica y meramente testimonial durante los primeros meses del conflicto, pero su número comienza a incrementarse de manera notable a partir de diciembre de 1762 y continúa haciéndolo en enero de 1763, alarmados sin duda por las dimensiones que estaba adquiriendo en sus campamentos de procedencia la epidemia de tercianas, a la que no era ajeno tampoco el ejército y la población portuguesa de las inmediaciones fronterizas. Entre ellos figura el sargento aragonés Ignacio Vallespín, a quien corresponde el dudoso título de ser el soldado español de más alta graduación que, procedente del Regimiento de Guardias Españolas, se pasó al Ejército de Portugal.

Cuadro 2. Desertores españoles

Fecha	Desertor	Edad	Procedencia
27/5/1762	Antonio Pescador	24	Español
1/6	Francisco Martín	42	Español
26/6	Francisco Tresenas	26	Catalán
3/7	Andrés Lucano	30	Español
9/7	Pedro Marques Bruno	32	Aragón
9/7	Simón Quintano	29	Burgos
2/8	Vicente Pérez	36	Zaragoza
2/8	Francisco de Navas	38	Jerez de los Caballeros
2/8	Alfonso López	25	Barcarrota
11/8	Diego Calvo	21	Español
13/8	Ignacio Vallespín	36	Aragonés
14/9	Felipe Luque	34	Argonés
3/10	José Repilau	24	Español
3/10	José Barreiro	45	Español
30/11	Juan Suárez	19	Castellano
30/11	Ignacio Antonio Bahamonde	23	Castellano
30/11	Francisco González	20	Castellano
7/12	Tomás López	33	Galicia
7/12	Ramón Ros	21	Español
7/12	José Jaime	30	Valenciano
7/12	Pedro Gil	25	Español
9/12	Antonio Lázaro	18	Español
13/12	Andrés Escriche	21	Catalán
13/12	José Paniz	29	Catalán
13/12	Jerónimo Rozi	23	Catalán
17/12	Benito Sanguino	34	Cáceres
30/12	José Romero	-	Andalucía
30/12	Juan Domínguez	-	Zamora
30/12	Manuel Estaes	-	Badajoz
30/12	José Fernández	-	Galicia
2/1/1763	José Mombrú	28	Catalán
2/1	Bernardo Gómez	30	Reino de León
2/1	Manuel Angulo	-	Belmonte de la Mancha
5/1	Juan Lafont	22	Murcia
6/1	José López	28	Andaluz
6/1	José Miguel	24	Andaluz
6/1	Pedro Anguita	18	Andaluz
6/1	D. N. ilegible	24	Andaluz
6/1	Matías Ruiz	24	Castellano
6/1	Blas Rivas	25	Castellano
6/1	Juan Gómez	20	Catalán
17/1	Juan de Escorcar	30	Valladolid
17/1	Andrés González	29	Valladolid

Del lado portugués, la condescendencia con los prófugos, los cuales ni se buscaban ni castigaban con rigor, es una de las notas que caracterizaron a este, ya de por sí, peculiar conflicto<sup>7</sup>. España, sin embargo, aplicó una política de mano dura, como se advierte con motivo de la deserción de dos soldados del Regimiento de Hibernia que habían huido con dos caballos robados a sus oficiales y recalado en el contingente luso que comandaba el marqués de Marialva. Maximiliano de la Croix, gobernador militar de la villa de Chaves durante el tiempo de su ocupación por los españoles, le recordará en una misiva que “en todos los ejércitos es gobierno imbeterado y política recíproca castigar semejantes delitos, quando menos con la restitución de todo género de hurto doméstico, que no tiene que ver con las acciones e intenciones de los príncipes ni de sus generales”<sup>8</sup>; práctica que iría en aumento, conforme avanzaba la guerra, siendo particularmente intensa en el mencionado regimiento y en el de Saint Gall Dunant, por motivos que no se especifican, así como en los de Guardias Walonas y el de Irlanda.

Las autoridades militares españolas achacaban las deserciones, en buena medida, a la actividad de los *ganchos* portugueses, contra los que se dio orden de ahorcarlos y quemar sus casas, caso de ser descubiertos en esta actividad. Sospechas de su práctica y de espionaje las encontró el marqués de Sarria, comandante en jefe del ejército español, cuando fue informado de la visita del párroco de Constantina al de Dos Iglesias, donde se había establecido el Cuartel General del Ejército, por recelar “que tuviese por objeto adquirir noticias de las operaciones y fuerzas de este ejército, o el de inducir a la deserción”. El interrogatorio a ambos sacerdotes no hará sino confirmar sus temores: el de Constantina respondió que habían conversado sobre que, la desgracia de la caída de la localidad de Miranda, procedió de algún traidor; el de Dos Iglesias, por su parte, preguntó a aquél “si habían pasado por allí los prisioneros de Miranda, y en qué número; si se había transportado su artillería; y si había en aquel campo muchas tropas nuestras y mucho tren de artillería”. El general español, recelando de ellos con fundamento, los enviará a Miranda, por separado, para recluirllos en un convento con centinelas y prohibición de trato de palabra o por escrito; hasta allí se desplazará el auditor de guerra “a tomarles declaraciones, instruido de indagar si son inductores por medios directos o indirectos a la deserción que se experimenta”<sup>9</sup>.

Junto a los ganchos, y como auxiliares necesarios, una pléyade de *inquietadores*, *colaboradores* e *incitadores* a la deserción pululaban en creciente número por las inmediaciones de la frontera y en las Plazas fuertes ocupadas por los españoles. Los castigos por su conducta eran muy severos, como pudo comprobar un boticario de Chaves al que “se pasó por las baquetas” el 27 de agosto, al no informar de las deserciones que le habían propuesto unos soldados a los que entregó “dos cartas de recomendación y guía para la asistencia de dichas deserciones”; fue condenado a presidio perpetuo en África. Convicta de auxiliar a la deserción fue declarada igualmente una bodegonera de Chaves, por haber dado curso a la carta de un catalán desertor del destacamento de minadores y dirigida a un paisano suyo, “expresándole habían tomado partido en Portugal, donde les daban cinco reales de vellón diarios y dos libras de pan, de que le informava, por si quería pasar a juntarse con ellos, no tenía más que ir siguiendo la orilla de este río en que encontraría a un molinero que le enseñaría el camino”<sup>10</sup>; este último moriría posteriormente de un disparo, cuando los soldados españoles pretendieron capturarlo.

Aquella carta provocó la fuga de cuatro soldados y la bodegonera fue sometida al tormento de cabos de mecha encendidos entre los dedos, que aguantó durante once minutos antes de confesar que le había sido entregada de parte del molinero, pero negando que conociera su contenido de manera contundente; finalmente fue condenada a carreras de baquetas, “por defecto de verdugo que la azotase”, y a destierro de Chaves mientras permaneciese en manos españolas.

<sup>7</sup> Sobre esta cuestión, Fernando Dores Costa, *Insubmissão. Aversão ao serviço militar no Portugal do século XVIII*. Lisboa, 2010.

<sup>8</sup> AGS. *SGU*, 2.217, 44-2. Maximiliano de la Croix al marqués de Marialva. Chaves, 9/7/1762.

<sup>9</sup> AGS. *SGU*, 2.209, 105. Marqués de Sarria a Ricardo Wall. Cuartel General de Dos Iglesias, 21/5/1762.

<sup>10</sup> AGS. *SGU*, 2.217, 105. Maximiliano de la Croix a Ricardo Wall. Chaves, 28/8/1762.

## 2. Una fuente de información cuestionable

La proliferación de desertores favorece una estrategia encaminada a obtener información acerca del enemigo. A través de ellos se espera conocer la composición de los regimientos, los movimientos de tropas, las operaciones previstas, el armamento, la disponibilidad de víveres y la ubicación de los almacenes, el estado de los baluartes y defensas de las ciudades para caso de asedio, las posibilidades de resistencia de las Plazas y fortificaciones, los auxilios previstos, o la moral de la tropa. Todos mezclan en sus manifestaciones las certezas con los rumores; lo que ven con lo que oyen; las informaciones de primera mano y los bulos que corren, con las de terceros; los cálculos propios con los ajenos, las incertidumbres y los miedos consustanciales a cualquier conflicto. Aportan noticias imprecisas o aproximadas sobre la estructura de las unidades y el número de efectivos, así como acerca de la conducta de los soldados, pero nunca dejan constancia del motivo de su desertión, por lo que sus testimonios serán puestos en cuarentena por las autoridades, o bien se intentarán contrastar por otros medios.

Durante la guerra, además de los profesionales contratados por militares y diplomáticos, desarrollaron labores de espionaje en la frontera de Portugal los españoles residentes en el otro lado de la línea divisoria, deportados con ocasión de la toma de las poblaciones ocupadas como Valencia de Alcántara, trajineros y comerciantes; junto a ellos, sujetos del más variado pelaje y condición enviados bajo identidades falsas, contrabandistas y guardas de rentas, o personas de apariencia normal y que no despertaban ninguna sospecha, pero que mantenían vínculos familiares, de amistad o comerciales con españoles. Cuantos pudieran procurar un mínimo de información fiable, eran reclutados para la causa o colaboraban a ella de forma voluntaria. En la nómina de los informantes del gobernador militar de Alcántara, Francisco Cajigal de la Vega, responsable de su ejército en la parte de la frontera entre Extremadura y Beira, figuran personas acomodadas y autoridades de las localidades inmediatas a la raya; pero también profesionales del espionaje a los que, al final de la contienda, le resultaba ya difícil reclutar, por motivos que desconocemos, pero de lo cual dejó constancia en la correspondencia intercambiada con el ministro español de la guerra, Ricardo Wall. Entre sus informantes es posible identificar a vecinos de los lugares próximos a Alcántara (Herreruela, Membrío, Brozas), autoridades huidas, pero también las impuestas por el enemigo en Valencia de Alcántara tras ser ocupada, y desertores del ejército de Portugal acantonado entre Castelo de Vide y Nisa.

La aportación de los desertores en este frente sería notable durante todo el conflicto. De no ser proporcionadas intencionadamente y con el propósito de confundir —lo que ocurría a menudo cuando se trataba de “agentes dobles”—, sus informaciones son tenidas en cuenta, por proceder de quienes directamente participan en la contienda y están al tanto de lo que sucede en los campamentos. Matías Obri<sup>11</sup>, holandés, de confesión católica, apostólica y romana, músico del regimiento inglés de infantería mandado por el general Crawford, desertó el día 12 de septiembre de 1762 del campo de Castelo de Vide. Su testimonio ante Cajigal deja constancia de encontrarse acantonados cinco regimientos en aquel lugar, dos de infantería inglesa y uno de infantería portuguesa, uno de caballería inglesa y otro luso. Tras conocerse las novedades acerca de los movimientos del Ejército español, se habían dirigido hacia Abrantes y llegaron a Tolosa, a tres leguas de dicha población, donde se detuvieron tres días, volviendo a contramarchar hacia Castelo de Vide. Los regimientos ingleses se componían de 9 compañías, incluida la de Granaderos, y cada una de ellas de 100 hombres. La tropa, acampada en la parte de aquella población que mira a España, disponía de tres cañones de campaña de tres libras de calibre de bala, y que la gruesa se encontraba en Abrantes. Mandaba el campamento el coronel inglés Paltener, bajo las órdenes de Crawford, y se les daba a diario una ración de pan de libra y media para cada soldado, junto con una libra de carne mezclada de vaca, cabra y oveja para cada dos días; y “el vino, el que lo quiere lo compra, y que está muy caro, por lo que pocos lo beben”. Añade en su testimonio “que ha oído decir que si nuestro Ejército iba hacia Abrantes, ellos vendrán a tierra de los españoles y recojerán todas las caballerías, granos y ganados que encontrasen”. Las tácticas y las formas de hacer la guerra, pues, no diferían de una a otra parte del Muro ibérico; ni tampoco la gestión del botín, habiendo observado que los caballos que tomaron en la “Sorpresa de Valencia” del mes de agosto los compraron por 3 doblones cada uno. Los españoles tratarían de

<sup>11</sup> Los nombres de los desertores se recogen tal como aparece transcrita su fonética en la documentación.

sonsacarle más información, pero “habiéndole hecho otras preguntas, dijo no saber más que lo que tenía declarado”<sup>12</sup>.

Enrique Eduard, irlandés, granadero del Regimiento de Voluntarios Reales de Crawford, manifiesta que desertó el día 13 de septiembre del campo de Castelo de Vide al saber que la tropa inglesa que allí se hallaba se desplazaría en breve, junto con otros cuatro compañeros, de los “que no sabe qué giro tomaron”. Se ocultó en un barranco hasta que aquella marchó el 14 hacia el Campo de Abrantes, dejando en la población alentejana solo algunos piquetes portugueses. Hasta el primero se transfirieron siete compañías de granaderos ingleses, dos regimientos de Infantería y uno de caballería ligera de la misma nacionalidad, y los regimientos de infantería y caballería portuguesa, por lo que no quedaban tropas entre Nisa y Castelo de Vide. Respecto a la alimentación, señala “que el pan de munición es muy negro y malo, pero que, a las 7 compañías de granaderos, como a cada regimiento inglés, se les da diariamente un buey o baca”. En cuanto al miedo “de ser atacados por el Ejército de España, los hacía pasar todas las noches formados en batalla, y que discurre será lo propio en el ejército que está en Abrantes”. Un segundo soldado desertor capturado, compañero de fuga e irlandés igualmente, coincide en su declaración con la de Eduard y en que solo se reforzó Castelo de Vide con 100 soldados portugueses, única guarnición del lugar, que todas las noches estaban sobre las armas, al igual que los paisanos de Brozas, que vigilaban con hachones encendidos<sup>13</sup>.

El tercero de los incluidos en esta peculiar nómina es Francisco Paon, francés, soldado del Regimiento de Caballería Ligera inglesa del brigadier Bourgogne. Desertó el día 17 de la partida que marchó desde Tolosa sobre Nisa para recorrer los pasos del río Salor y corrobora que los 5.000 hombres que se encontraban en Castelo de Vide (obsérvese que ni ellos mismos se ponen de acuerdo sobre el número, por lo que sus testimonios pueden resultar contradictorios) se habían puesto en marcha el 14 de septiembre hacia Alpalhão, donde llegaron aquel mismo día y al siguiente marcharon hacia Tolosa, permaneciendo allí hasta el de su desertión. Los efectivos que formaban el destacamento se repartían entre siete compañías de granaderos ingleses, un regimiento de voluntarios y uno de caballería ligera de igual procedencia, un regimiento de caballería y dos de infantería portuguesa; muchos de ellos enfermos y otros sin monturas por hallarse los caballos desherrados. No faltaban víveres, excepto el vino, que era escaso, y temían ser atacados, “por cuyo motivo tienen diferentes grandes partidas avanzadas, así de Caballería como de Infantería”. Concluía su declaración en términos esperanzadores para Portugal y para el resto de los países implicados en la contienda: “Que corre en dicho destacamento la boz de que están esperando un refuerzo considerable de prusianos y anoberianos (sic), y que también se dice que está hecha la Paz entre la Inglaterra y la Francia”<sup>14</sup>.

La actividad de estos agentes se extendía por toda la frontera y a lo largo de los frentes abiertos durante la guerra. Las primeras informaciones fiables acerca de las dimensiones e intenciones del Ejército de Portugal que operaba en el noroeste, en la región Entre Duero y Miño, las proporcionó un soldado dragón de nacionalidad francesa desertor del Regimiento de Chaves, Jean Baptiste Dordorant. El personaje despertará entre los militares los habituales recelos, pero pronto descubrirán algunos detalles en su uniforme y modales que les hicieron ver que no se encontraban ante un mero soldado raso. Al registrarle, además del caballo con su silla, le encontraron una pistola de dos cañones guarnecida de hierro y otra inglesa guarnecida de plata; de este metal estaban hechas también las siete cucharas, cuatro copas, un pequeño embudo, un estuche para nuez moscada y dos espuelas que se le incautaron. Convencidos de que podría dársele algún crédito a su relato, fue obligado a poner por escrito aquello de lo que quisiera informar concerniente al ejército de Portugal del que provenía.

En su declaración, refiere haber estado destinado en Lisboa desde hacía diez años y que el teniente coronel del mencionado Regimiento de Chaves, Smith, le había otorgado la plaza de brigadier y ofrecido su paso a oficial para que le sirviese de intérprete, lo que le había convertido también en intérprete del cuartel general. Según les hizo saber, el ejército se hallaba acampado en las poblaciones de Vila Pouca y Casas Novas y constaba de 16 batallones, 8.320 infantes y 756 dragones correspondientes a seis escuadrones de a 126 caballos cada uno; lo formaban, en total, 9.076 efectivos provenientes de los regimientos de infantería de Oporto (4 batallones), Viana (4), Valença (4), Bra-

<sup>12</sup> AGS. *SGU*, 2.206, 26-2. Alcántara, 14/9/1762.

<sup>13</sup> AGS. *SGU*, 2.206, 29-3. Alcántara, 18/9/1762.

<sup>14</sup> AGS. *SGU*, 2.206, 29-3. Alcántara, 18/9/1762.

ganza (2), Chaves (2), de Caballería de Chaves y siete compañías movilizadas para la ocasión. Respecto a sus jefes y la composición del mismo, las autoridades españolas sospechaban que “toda la Plana mayor del enunciado ejército se halla ser compuesto de ingleses; y se cree que el expresado número de batallones constan las tres cuartas partes de auxiliares incorporados en ellos, por lo que se consideran menos temibles de lo que parecen”<sup>15</sup>. Al frente figuraba el mariscal de campo George Cary, su ayudante, el capitán Proul, y el teniente coronel Smith, “dont j’étais interprète”, y a él se habían incorporado los numerosos desertores que procedían de los regimientos extranjeros que luchaban bajo pabellón español:

“Note séparé en secret. Les déserteurs qui partent de cette armée prennent party sans être forcés dans les régiments suisses qui se forment à Lisbonne, le premier commandé par M. de Chozeul, suisse, et le 2<sup>e</sup> par M. de Montonio, allemand ; ils ont la page de 75 reis par jour et le pain en chaque compagnie de 200 hommes en chaque régiment de 4 compagnies ; ils étaient déjà complets et prest à habiller”<sup>16</sup>.

Un acuerdo entre el Conde de Lippe y el de Aranda, alcanzado en los días que precedieron a la firma de los Preliminares de la paz a principios de noviembre, les comprometía a capturar a los desertores y devolverlos a sus respectivas unidades, una vez constatado que parte de los nuevos regimientos portugueses se habían levantado con efectivos que antes lucharon para España y entre los que cobraban un especial protagonismo los suizos. “Lo peor es que pica la desertión entre españoles, y esto pende de la inacción y de la incomodidad”<sup>17</sup>, argumentaba un desconcertado Conde de Aranda, informado de que semejante conducta alcanzaba niveles preocupantes en Valencia de Alcántara, incluidos soldados de caballería que abandonaron sus monturas, y que en el Cuartel General de Albuquerque y en el Regimiento de Guardias Españolas excedía a la que hubo en campaña, no pasando día en que no faltaran soldados; e idéntica actitud había comenzado en el Regimiento de Caballería de Sevilla, pero sin llevarse sus monturas<sup>18</sup>. La epidemia de tercianas tuvo mucho que ver con lo sucedido, si bien no la justificaba a los ojos del monarca y de quienes dirigían una contienda que hacía aguas por todos los lados:

“Con mucho disgusto ha visto S.M. la escandalosa desertión que V.E. refiere, tanto más estraña en un tiempo ya de paz. Debo asegurar a V.E. que ha sido muy sensible al Rey esta ingratitud de sus tropas, por lo mismo que les tiene dada tantas pruebas visibles del cuydado y estimación que le merecen. Pero siendo muy posible que este exceso tenga su origen en algún defecto de los gefes, quiere S.M. que V.E. lo examine, y que conocida la causa, aplique V.E. para su extinción los medios que le dicte su capacidad”<sup>19</sup>.

El problema no desapareció durante los primeros meses de 1763, según comprobó Maximiliano de la Croix, quien entre la correspondencia intercambiada con el general Cary para la restitución de Chaves, encontró un “papelito” escrito en alemán, que traducido por un capitán del Regimiento de Saint Gall Dunant, llamaba a la desertión.

“A mis amigos suizos en Chaves.

De nosotros honrados suizos, como también los de Hibernia.

El que tubiere gana de servir en nuestro Regimiento de Portugal, se puede encaminar a Villa Pouca, tendrá diariamente un testón, que es veinte quartos, y una buena capitulación.

Villa Pouca, a 27 de marzo”<sup>20</sup>.

Es cierto que la inserción de dicho papel parecía, a su juicio, “ardid de algún dependiente incauto”, pero lo preocupante era que, a esas alturas, persistieran todavía las desertiones cuando

<sup>15</sup> AGS. *SGU*, 2.217, 122. Maximiliano de la Croix a Ricardo Wall. Chaves, 11/9/1762.

<sup>16</sup> AGS. *SGU*, 2.217, 124-2. Chaves, 11/9/1762.

<sup>17</sup> AGS. *SGU*, 2.210, 111. Conde de Aranda a Ricardo Wall. Cuartel general de Albuquerque, 2/12/1762.

<sup>18</sup> AGS. *SGU*, 2.210, 131. Conde de Aranda a Ricardo Wall. Cuartel general de Albuquerque, 5/12/1762.

<sup>19</sup> AGS. *SGU*, 2.210, 131. Madrid, 9/12/1762. “Al Conde de Aranda. Aprobándole la distribución de tropas y otras disposiciones dadas en el ejército”.

<sup>20</sup> AGS. *SGU*, 2.217, 220. Maximiliano de la Croix a Ricardo Wall. Chaves, 30/3/1763.

había finalizado el conflicto que lo generaba. Las cifras, por el contrario, demostraban que la solidez del Ejército español y el grado de compromiso de sus unidades variaban en función de diversas circunstancias<sup>21</sup>.

### 3. Un ficticio “horizonte de oportunidades”

La situación del ejército portugués hacia el que se dirigieron las esperanzas de quienes optaron por desertar del español había sido explícitamente detallada al comienzo de la contienda por diplomáticos y espías. El estado de las tropas, según lo observado en las acuarteladas en Elvas, Estremoz, Valença do Minho y en la propia Lisboa, era bastante dispar y se encontraban en la mayor decadencia en puntos tan esenciales como su manutención, número y formalidad de su disciplina; por otra parte, se les debían diecisiete meses de pagas y prest, a excepción de algunos pocos oficiales extranjeros a los que se les remuneraba por no tener medios para su subsistencia. Los regimientos se habían convertido en fijos en las plazas fuertes y guarniciones a las que se hallaban destinados, en las cuales la mayoría de sus oficiales y soldados estaban casados o vivían en el hogar de sus padres, dedicándose a trabajar en algún oficio o al cultivo de las tierras y con la condición de acudir en los días de servicio a sus destinos. Esta es la razón por la que los cuarteles se podían ver prácticamente solitarios, sin hombres ni armas, custodiados solo por un pequeño piquete de hasta veinte hombres y un oficial, “y tanto los oficiales para mandar como la tropa para ejecutarlos carecen de aquel aire y brío militar que es el propio distintivo de las tropas veteranas”.

Sorprendía a los informantes la necesidad en que se veían sus oficiales, cuando por algún motivo les faltaba el subsidio para su manutención, “de pedir secretamente la limosna o valerse de arbitrios improprios y ajenos de su profesión”. La calidad de las mismas era poco respetable y se hallaban disminuidas, según había observado un anónimo colaborador en los regimientos de infantería y caballería que guarnecían Elvas, Oporto y Valença do Minho. Solo la caballería contaba con gente de mejor disposición y armada puntualmente; la falta de disciplina y la ausencia de cualquier clase de espíritu marcial eran constantes, por no hablar de la bisonñez de sus integrantes, muchos de los cuales no alcanzaban la edad de catorce años, incluso en los regimientos de artillería.

“En Elvas vi paisanos mezclados con los artilleros que cargaban las piezas sobre la muralla. En Lisboa vi los soldados que estaban de piquete y de guardia paseándose por la ciudad con baioneta y cartuchera en parages mui distantes de sus respectivos puestos. Vi las centinelas sentadas y arrimado su fusil a un lado. Vi consignarse unas a otras las órdenes sin intervención del cabo. Viles en parages públicos descansando sobre el arma y en conversación tirada. Finalmente, en Valenza, siendo una plaza sobre la frontera y en una coiuntura tan delicada, vi la gente de guardia de la puerta que sale a Tuy retirar los colchones en que había dormido aquella noche a su casa, dejando la guardia desamparada, sin oficial, ni sargento, y con sola una centinela que estaba a la parte de afuera de la puerta echada al sol. No me parece que pueda llegarse a más en este punto”<sup>22</sup>.

El espía concluía en estos términos:

“Por lo demás, el Reyno de Portugal se halla desprovisto de quanto se necessita para mantener la guerra aun solamente defensiva. Ellos conocen la inferioridad de sus tropas, y lo más es que confiesan la ignorancia de sus oficiales. Dízese que el Erario Real no tiene fuerzas para los gastos de una guerra, que sus almacenes no están provistos, ni por entonces se hablava de disposición alguna para proveerlos; que no tienen oficial general ninguno capaz de mandar. Y efectivamente, en quanto a sus arsenales, del de Estremoz, que es tenido por el mejor del Reino, se sacaron diez mil fusiles, que se conduxeron a Lisboa, y apenas havían quedado armas

<sup>21</sup> González Cruz detecta durante la Guerra de Sucesión la circulación de esta clase de “papelitos” ofreciendo mejores condiciones y sueldos a los soldados que decidieran cambiarse de bando, *op. cit.*, p. 73.

<sup>22</sup> AGS. *SGU*, 2.209, 65. Carta de Alejandro O'Reilly a Ricardo Wall incluyendo noticias del estado de Portugal y sus tropas. Villalpando, 17 de abril de 1762. Anónimo. “*Reflexiones sobre el estado en que se hallava el Reyno y tropas de Portugal por el mes de febrero de 1762*”, La Coruña, 9/4/1762.

en él. Finalmente, ven que sus plazas no están en estado de defensa y que ni tienen tiempo ni medios para proveer a tantas cosas y en tantas partes como se ven amenazados, y esto haze que el público tema la guerra y se pronostique mui malos sucessos de ella, si se llega a romper”<sup>23</sup>.

Carecía además de oficiales y hubo de recurrirse a la recluta de extranjeros, abriéndose así la puerta a toda suerte de aventureros. Mal pagados, desunidos, propensos a la desertión, tal vez lo único que galvanizara su fidelidad fuera el odio visceral a los españoles. Las impresiones que presenta el general francés Dumouriez abundan en idéntica dirección y remarcan el contraste de los cambios que para el ejército de Portugal supondría la llegada del militar prusiano conde de Lippe:

“L’armée était composée d’environ huit à dix mille hommes moindres que des paysans, sans uniformes, sans armes, demandant l’aumône, ou faisant toute sorte de métiers pour vivre ; les officiers de ces troupes étoient les valets, ou les écuyers des colonels, continuant dans leurs emplois domestiques, servant leurs maîtres à table et montant derrière leurs voitures les jours qu’ils n’étaient pas de garde ! c’est la, sans exagération, le portrait inimaginable de l’ancien militaire portugais, avant la guerre de 1762, et la venue du comte de la Lippe dans ce pays, qui en a changé la face”<sup>24</sup>.

Tal era el panorama que en Portugal iban a encontrar los desertores españoles. Las razones de su opción resultan imposibles de precisar con la documentación que se conserva, pero puede concluirse que no diferían en exceso de las enumeradas al principio de esta colaboración, por corresponderse con las observadas en todos los ejércitos europeos de la época. Se incluye en la casuística que provoca estas actitudes la recluta obligada de individuos sin vocación militar mediante un sistema de levas plagado de irregularidades, lo que obligaba a miles de soldados faltos de compromiso con la institución a permanecer alejados de sus lugares de residencia y a desatender sus obligaciones. La férrea disciplina y los castigos severos que a menudo se aplicaban en los regimientos, venían a sumarse a los habituales retrasos o impagos por falta de numerario, a la carencia de víveres en algunos momentos, o las difíciles condiciones de vida, empeoradas, sin duda, por la exposición al clima peninsular de unos soldados acostumbrados a temperaturas muy alejadas de las extremas a que hubieron de enfrentarse en algunos campos de batalla o lugares de destino. La Campaña de 1762, en sus frentes meridionales, iba a resultar proverbial en este sentido.

---

<sup>23</sup> AGS. *SGU*, 2.209, 65. *Ibidem*.

<sup>24</sup> Ch. F. Dumouriez, *Op. cit.*, p. 102. Sobre el personaje, de Mar García Arenas, “Los proyectos del general Dumouriez sobre la invasión de Portugal: Una alternativa anulada en el proceso de revancha del III Pacto de Familia contra Inglaterra (1765-1767)”, *El equilibrio de los Imperios: de Utrecht a Trafalgar* (A. Guimerá y V. Peralta, coords.), VIII Reunión Científica de la FEHM, Madrid, 2005, pp. 537-550; “El periplo ibérico del general Dumouriez (1765-1767): Una aproximación a las relaciones diplomáticas hispano-portuguesas”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 22 (2004), pp. 403-430.